

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 3 DE JUNIO DE 1923

NÚM. 20.074

## UN RETRATO DE S. M. EL REY



OR encargo del Consorcio Bancario acaba de pintar don Elías Salaverría un retrato de Su Majestad el Rey Don Alfonso XIII. —¿Un retrato más del monarca? — se dirá—.

No; un buen retrato, ajeno al arte oficial, o, mejor aún, de oficio, que halla irremediable refugio en las innúmeras dependencias del Estado.

El Sr. Salaverría no ha debido proponerse introducir innovaciones de monta en el género; pero sí el apartarse de vistosidades y brillanteces acostumbradas. En saber evitarlas parece que ha puesto su empeño.

Muchas veces, lo mismo en despachos ministeriales que en burocráticas cava-chuelas, y siempre ante cualquier efígie de rey o de reina, hemos reflexionado acerca de la necesidad humana, revestida de maneras pictóricas, so pretexto de un retrato. Si pudiéramos examinar en una exposición *ad hoc* la serie de engendros pagados con dinero del Erario público, nos asustaría tanto *regicidio* perpetrado en el lienzo, con anuencia y hasta con la complicidad satisfecha de las autoridades.

Por lo demás, ejecutar el retrato de un soberano halaga desde luego al artista. Mas el tino está en sentirlo de suerte que la dignidad del modelo y la del autor queden a salvo.

Si el arte del retrato, según se ha escrito, es una especie de adulación al modelo, toda adulación será poca tratándose de un rey. Esta conclusión se robustece pasando del campo ideal de la lógica al plástico de las artes. Un servilismo, disfrazado de vanidad suele hacer del retratista real objeto de ridículo, cosa que se advierte en las formas de simulación que se destacan en su obra, a expensas de la penetración psicológica efectiva.

No somos enemigos del retrato de corte sino en caso de manifiesta maldad. El retratado nos interesa, primero, por el valor de humanidad que contenga; lo atributivo viene después a completarlo. Los símbolos del poder real, sin la persona que por la voluntad de la nación los encarna, carecerán de significado si su destino, por ejemplo, los lleva a figurar como simples piezas en la vitrina de un Museo. Una co-

rona en el taller o en el escaparate de un joyero, no es lo mismo que en la cabeza de la imagen a la cual se rinde fervoroso culto.

A cuento traemos lo apuntado, no para justificar y encomiar el cuadro del Sr. Salaverría, sino para señalar la parte aparatosa y formularia con que de ordinario ha de entenderse el pintor de un rey. Reproducir el resplandor vital del alma en un rostro o las fulgurantes condecoraciones sobre la tela de un uniforme no es igual, y nadie habrá que dentro de la técnica confunda uno y otro menester pictórico.

Unos ojos no más—la mirada enferma en el Carlos II de Carreño, que guarda el Museo del Prado—, estéticamente son un «verdadero» retrato; Fernando VII, con manto y cetro, por Goya, representa la realeza en irrespetuosa mascarada.

Don Elías Salaverría no ha estimado prudente defenderse con galas y accesorios. Su Don Alfonso XIII, en traje de paisano, es el rey sorprendido en su gabinete de trabajo, que, a la luz de una idea, suspende la escritura. Como adecuada proyección espiritual, presta fondo al busto de Su Majestad un mapa de España. El Rey está pensando en la patria, no hay duda. A más de la clara alusión al territorio nacional, ha concentrado el artista en la regia cabeza la reflexión noble y el despejado mirar, propios de un hombre muy inteligente.

¡El hombre! Si la pluma no procurase librarse de incurrir en aquella adulación indiscreta que arriba censurábamos, buscaría aquí ocasión de lucimiento.

A tono con el Sr. Salaverría, nos place ver a Don Alfonso de Borbón en la callada labor, en una labor íntima y es-

quiva a la curiosidad de los cortesanos. En la paz de la solitaria estancia le contemplamos, quizá en uno de esos momentos decisivos para la historia de un pueblo, y que de seguro no han de quedar registrados en ningún libro. La ocupación mental de un soberano puede ser un tema artístico, y en tal respecto lo ha abordado el pintor para resolverlo, en opinión nuestra, con fortuna.

El autor de *La procesión del Corpus en Lezo* y del *San Ignacio de Loyola* gusta de especificar en los semblantes de sus personajes el sentimiento de la fe. Tentado por la traducción del elemento interno, confía al pincel la misión de revelarlo. Es, por lo tanto, un retratista en la justa acepción de la palabra.

Nosotros reconocemos de grado que caben diversas interpretaciones en los retratos reales. La del Sr. Salaverría nos es simpática, por la deliberada proscripción de aderezos. No constituyendo una novedad, entra en la categoría de obras que en el género no suelen ser frecuentes.

Al rey militar contraponen el Sr. Salaverría el rey civil. Juan Pantoja de la Cruz, en su Felipe II del Prado, consignó la devota religiosidad del monarca creador del monasterio escorialense. Pudo imaginarle asistiendo a la batalla de San Quintín; no obstante, fué a ofrecérsenos en un aspecto menos heroico, pero más representativo acaso.

El arte oficial, de muy antiguo acá, se ha resentido de ostentoso y protocolario. Sólo en manos del genio despojóse de enfadosas frivolidades o de pedantescos engreimientos. Cada retrato del César Carlos V, por Tiziano, es por sí un vasto poema de psicológica belleza.

El episodio guerrero, o el solemne ambiente palatino, no bastan para caracterizar la personalidad de un monarca, caudillo o político *per accidens*. La teatralidad, concesión por lo común a las gentes de la galería, dista de la verdad sincera. Sinceramente, con estricta sujeción al natural, ha transcrito los rasgos fisonómicos de Su Majestad el Rey D. Alfonso XIII el Sr. Salaverría. Lo cual no es poco para un retrato de encargo, y conste, al afirmarlo así, que jamás hemos cambiado la palabra con el maestro guipuzcoano, a quien elogiamos, porque lo merece.

Angel VEGUE  
Y GOLDONI





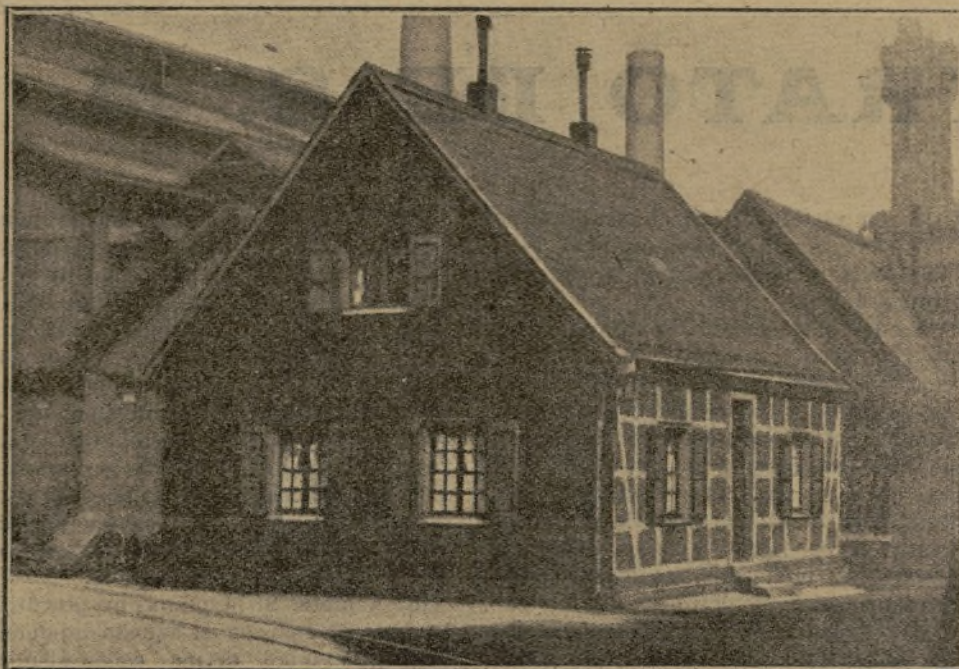
ACTUALIDADES  
= GRAFICAS =

# GUSTAVO KRUPP, EN PRESIDIO

De esta vasta fábrica — escribía el francés Víctor Tissot en 1886 — surgió el Imperio alemán en 1870, como de una caverna infernal. No fué al general Werder a quien Estrasburgo se rindió, sino a Krupp, y fué Krupp, rey del acero y bárbaro fundidor de cañones, quien obligó a París a capitular. Todas las victorias prusianas han sido forjadas por sus martillos, y sus ciclopes han trabajado más por la unidad de Alemania que Bismarck mismo. La supremacía militar del Imperio no está en Berlín, sino en Essen. El día en que Francia tenga su fábrica Krupp, Alsacia y Lorena no seguirán cautivas de los piratas del Rin...

¿Quién hubiera podido profetizar, no ya en 1886, cuando Víctor Tissot escribía esas palabras, sino en 1912, cuando la factoría Krupp celebró con ruidosas fiestas el centenario de su fundación, y aun después de terminada la guerra, que Francia llegaría a poseer, no ya su fábrica Krupp, esto es, una fábrica igual a la que forjara la victoria de 1870, sino la propia fábrica que era el orgullo de Alemania y la más cierta prenda de su seguridad y su grandeza? ¿Y quién hubiera podido imaginar que un Krupp, barón del Imperio, Gustavo Krupp von Bohlen und Halbach, descendiente de aquellos Federico, Alfredo y Hermann, que convirtieron la modestísima fragua del abuelo en la soberbia factoría, había de verse juzgado y sentenciado por un Tribunal francés, encerrado en la prisión de Dusseldorf por carceleros franceses y obligado a acudir, pidiendo la revisión de su proceso, a la *Cour de Cassation* de París? Tal es la realidad inexorable.

A la entrada del inmenso infierno, que enrojecen el resplandor de los hornos, y los crisoles, y las llamaradas de los convertidores, y las masas de hierro candente, crepitando bajo los martillos titanes y entre los monstruosos rodillos de las laminadoras; del infierno, donde el chocar de hierros y el esfuerzo de la maquinaria producen un estruendo más intenso y amedrentador que el del Océano en bravura o el de las nubes en desatada tempestad, hay una casita, apenas



de doce metros de fachada, que fué la fragua primitiva donde Federico y Alfredo, los fundadores, trabajaban con sus propias manos el hierro, martillándolo sobre el yunque. Se conserva esta fragua como un santuario, en el que al entrar hay que quitarse el sombrero respetuosamente. Allí está el hornillo. Federico sostenía con unas largas tenazas, sobre los carbones encendidos, el tocho de hierro, mientras que su hijo movía penosamente los fuelles. Un obrero solamente les acompañaba a machacar el hierro. Al atardecer, Federico y Alfredo salían a vender ellos mismos los objetos que fabricaban: herraduras, utensilios de cocina, cerrojos, llaves y herramientas.

Para Federico constituía una obsesión el martillado del hierro candente. Advertía él que sus puños de ciclope no eran bastante fuertes para apretar las moléculas del hierro de tal modo que formasen un cuerpo de resistencia homogénea. Y, poco a poco, consumiendo sus economías en ensayos estériles, velando muchas horas cada noche, llegó a montar su primer yunque mecánico, el precursor y el abuelo del formidable

martillo-pilón, que hoy mueve un solo operario tocando suavemente un botón eléctrico, que deja caer sobre el hierro candente el bloque apisonador de ochenta o cien toneladas.

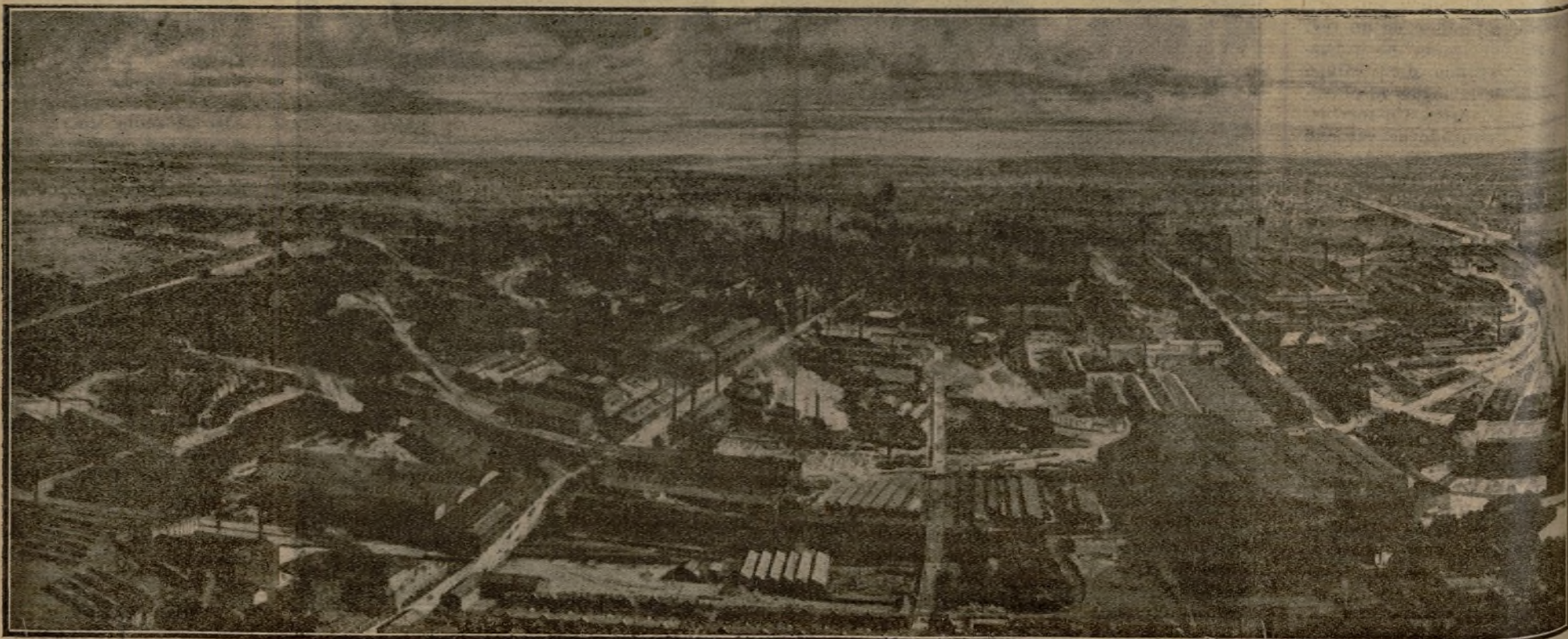
Toda la espantable grandeza de estas fundiciones, con sus 350 ingenieros y sus 125.000 obreros, procede de aquel rudimentario martillo, montado sobre el tronco de un árbol cinchado y que se alzaba a fuerza de tirar dos hombres de una cadena. Ya en 1835 Krupp había llegado a producir el más consistente y duro acero que se conocía en el mundo; de todas partes de Alemania llegaban los pedidos, y fué preciso edificar nuevos pabellones y construir nuevos y más poderosos martillos. Recordad en qué época acontece todo esto. Alfredo, niño, había asistido a la epopeya napoleónica, que tantos agravios infiriera al orgullo prusiano. La visión de la guerra llenaba sus ojos y obsesionaba su entendimiento. Y advertid, que a medida que perfecciona la secreta aleación de sus aceros, y transforma sus martillos, y engrandece sus crisoles, y aumenta el número de sus obreros, ya surgiendo en

Alemania el ideal de la unidad nacional. Es el *Zollverein*, que inclina a los alemanes a buscar el engrandecimiento de la patria en el auge y cuidado de los intereses materiales; es, al fin, el *Vorparlament*, que arbola solemnemente en Francfort el antiguo pendón, oro, rojo y negro, del Imperio germánico. Así, caminaban paralelamente el anhelo del pueblo y los progresos de la fundición de Krupp; el temple del alma nacional y la calidad singular del acero que aquellas forjas producían, hermanaron bien pronto y se completaron. Se buscó ingenieros, se aportó capital, se construyeron edificios, se instaló maquinaria, comenzó la fundición de cañones. Bismarck y Moltke se encontraron hecha y bien templada el arma de la victoria. En 1869 se fundían ya al crisol piezas de 20 toneladas, y cuando Enrique Bessemer dió a conocer en Inglaterra su procedimiento de carburar el hierro candente, Krupp le salió al paso, demostrándole que en su fundición se utilizaba hacia tiempo la corriente de aire a presión para forzar la combustión del silicio, el manganeso y el carbono.

Durante un siglo entero no hay en todo el mundo ferrería que iguale los progresos de Krupp. Cada nación quiere imitar aquella formidable organización industrial: Francia en el Creusot, Inglaterra en Sheffield, Bélgica en Seraing, Italia en Terni y los Estados Unidos en Bethlehem, y en otros lugares se afanaban en balde. Krupp produce cien cañones diariamente. Sus obreros son los mejor pagados del mundo...

¡Cómo los mejor pagados!... Con la herencia del formidable negocio, cada Krupp recibe de su antecesor la advertencia de que corre por sus venas sangre de obreros, y de que ha de tratar a los obreros como a hermanos... Hermann, Federico el menor, Alfredo el menor, Federico Alfredo y Gustavo, el que ahora se encuentra preso, todos los reyes de esta dinastía, contemplaron desde niños la fragua que atizaron y el yunque donde martillaron Federico y Alfredo, los fundadores.

Así, desde que comenzaron a ir bien los negocios Krupp, antes aún de co-





menzar la fabricación de cañones, cada obrero que llegaba podía considerarse un asociado de la Empresa y sabía que tenía una participación cierta en las utilidades. Se edificó una casa para cada obrero con familia, y hospederías para los solteros. En la fábrica misma se instalaban comedores, donde por unos cuantos pfeniges se servía una abundante comida. Se alzaron escuelas y hospitales. En caso de enfermedad, la fábrica subvenía a todas las necesidades; las viudas y las huérfanas cobraban una pensión durante muchos años; a los obreros que cumplían cierta edad o que se incapacitaban, se les señalaba una pensión. Finalmente, iglesias, teatros, bibliotecas, casinos, gimnasios. A todo

proveía el bolsillo abierto de los Krupp, que convivían con sus obreros en los talleres, en las fiestas, en el estudio...

No es extraño, pues, lo ocurrido. Cuando los obreros, soliviantados, protestaron de la entrada de soldados franceses en la fábrica, estaba entre ellos Krupp von Bohlen, el rey actual... Pero la verdad es que no estaba allí casualmente o deliberadamente para provocar el conflicto en que unos obreros murieron. Krupp lleva entre sus obreros un siglo entero. Ese Gustavo Krupp de ahora hacía, día por día y hora por hora, lo mismo que hizo su padre Federico Alfredo, y lo mismo que su abuelo Alfredo el menor, y lo mismo que hicieron los fundadores. Desde el amanecer, que comienza

el espantable tráfago en la fundición, Krupp está entre sus obreros. Allí le llegó, sonriente y halagadora, la victoria de 1870; entonces todas las naciones querían tener cañones Krupp, y la fábrica tuvo que acrecentar su producción. Ahora, triste y abrumadora, le sorprendió la derrota, y más tarde, la de la toma en prenda de las minas y las fábricas del Ruhr. Cuando los franceses llegaron ahora, no se producían ya cañones. Alemania había sido desarmada, y Krupp, para sustentar a sus obreros, tuvo que utilizar su perfeccionamiento técnico en hacer maquinaria, motores, automóviles, herramientas, instrumental quirúrgico, juguetes, plumas, etc., etc. Y he aquí un hecho asombroso. Antes de es-

tallar la guerra había 77.000 obreros ocupados en fabricar las armas de la muerte. Ahora, transformada la producción de la fábrica, trabajaban en ella 135.000 obreros. Pero, ya lo veis: se ha hundido el Imperio, se han sucedido las generaciones, y Krupp, los Krupp, parecen sobrevivir a estas mudanzas, como si en la humilde ferrería, conservada como un santuario, viviera aún aquel gran Federico que martillaba sobre el yunque desde el amanecer hasta la noche, y luego meditaba largas horas sobre el modo de oprimir mejor las moléculas del hierro, creando, a la vez, la santa vida del trabajo en los talleres y la horrenda muerte en los inicuos campos de batalla...

MINIMO ESPAÑOL

## LOS POETAS NUEVOS

### Vaquera de Salamanca...

Vaquera de Salamanca,  
hija de un rico vaquero,  
que entre el bullicio fiestero  
cruzaste, activa, en el anca  
del más raudo potro cvero.  
¡Desde que te vi, te quiero,  
vaquera de Salamanca!

Bajo el encinar en flor  
son de gaita y tamboril,  
y del baile moeril  
villanos en derredor.  
Allí te hablé de mi amor,  
al sonar del tamboril,  
bajo el encinar en flor.

Del sol de la romería  
fué un paje cada reflejo,  
besando tu zagalejo  
que a reseda transcendía.  
De celos mi pecho ardía,  
porque fuiste el áureo espejo  
del sol de la romería.

Yo, pobre colegial era...  
Tú, la más rica hacendata  
del contorno, cortejada

por ricos mozos, vaquera.  
Amor rondaba a tu vera...  
Volví a la ciudad odiada,  
¡que un pobre colegial era!

Rosa de la tramontana,  
tú hubieras sido mi esposa;  
pero tu amor—heno y rosa—  
pronto halló su flor hermana.  
Quien te canta en la besana  
sabrás hacerte más dichosa,  
¡rosa de la tramontana!

Lirios de muerto color  
trae cada abril al tornar.  
... Elevaré un día al lugar  
mi hastio de soñador.  
Y ante «aquel» perdido amor,  
tal vez cerquen tu mirar  
lirios de muerto color...

¡Vaquera de Salamanca!...  
Tendrás ya un amor somero...  
y una alquería muy blanca.  
Mas si el corazón te arranca  
la duda de si aun te quiero,  
¡llora junto a tu vaquero,  
vaquera de Salamanca!

Miguel de CASTRO

### La escala del Eco

El silencio me viste  
el corazón de ensueño...  
Ha callado la música,  
y el alma sube al cielo  
nadando en la cadencia  
última de sus ecos.

Mece la primavera  
un columpio de aromas sobre el huerto.

Paréntesis divino  
al ritmo de sus besos;  
sordina de mi carne,  
agua sobre mi fuego.  
En mis cenizas duermo  
la sombra de mi cuerpo.

Por caminos de estrellas  
viaja la voz que me ilumina el sueño.

Nieblas espirituales  
despiertan los recuerdos,  
entre luces extrañas  
y vapores de incienso,  
volutas de arco iris  
y sombras de misterio.

En medio de la ruta  
no sé qué ángel, cruel, corte mis vuelos.  
Como flor sin aroma  
el corazón se ha abierto;

en medio de la vida,  
vuelve a verse con miedo.  
Y llora como un niño,  
y vaga como un ciego.

Mas siempre en el naufragio  
la amable playa de tu boca encuentro,

Elidoro PUCHE

### La posesión pueril

Violetas nazarenas  
junto a tus rosas blancas.  
¡Qué dolorosa angustia  
tenerte ya lograda!  
Ya tu jardín volcado  
como un cielo en mi alma.  
Mía tu viva esencia,  
tus sueños, tus palabras.  
Marchitas en mis manos  
tus estrellas de infancia.  
Primer verso tachado  
de la primera página.  
Todo el poema roto  
en la primer palabra.  
¡Qué dolorosa angustia  
tenerte ya lograda!

Ernesto LOPEZ-PARRA

## ELOGIO LÍRICO DE UNA BAILARINA ANDALUZA

VEDLA: hierática como una esfinge,  
hundiendo en lo Insondable sus ojos  
esmeraldinos, de pie, junto al «tocaor»,  
que se abraza a su guitarra, halagando-  
la con mimos y caricias y suspiros, como  
si fuera una hembra... Vedla así: es la  
Esfinge, es el Misterio. La voz de la gui-  
tarra, vaga y temblorosa al principio,  
como ante la iniciación de un rito so-  
lemne, será el conjuro que realice el mi-  
lagro: la Esfinge revelará su secreto. El  
secreto de su arte mágico, que es como  
un fuego sagrado en el que arden esen-  
cias eternas.

Danzarina maravillosa y proteica, en  
el ritmo de sus giros viven todas las eda-  
des y todas las razas y todas las reli-  
giones. Hermosa como Rebeca, como  
Ruth dulce, y vengadora como Judith,  
así es ella la enamorada Sulamita que  
baila en el *Cantar de los Cantares* y la  
Salomé trágica de las voluptuosidades  
supremas; sobre las doradas arenas del  
Nilo, bajo doseles de púrpura, que el sol  
mauriente tornasola, Cleopatra aprende  
en los movimientos de su cuerpo, al com-  
pás de crótalos y sistros, las actitudes  
que fascinan; ora es una bayadera del  
hechizado Ganges, en el fosforescente  
golfo de Bengala, donde cantan las sel-  
vas, los astros son de oro y tiene el cielo

de noche la claridad más excelsa y más  
pura; ora tiene el perfil estricto de una  
Tanagra helénica, que líras y flautas  
animan en una danza dionisiaca. Vedla  
retorcerse con el pandero entre las ma-  
nos, los ojos llameantes, como baila Ani-  
tra en el desierto, a la luz de la luna,  
ante la tienda nómada de los beduinos;  
en los cármenes de Granada, al murmu-  
llo musical de acequias y fuentes canlá-  
rinas, es la favorita de un califa, que  
trenza con las anillas de su carne mo-  
rena una cadena de hechizos... Cervan-  
tes la entrevió en su cautiverio, encen-  
diendo volcanes de pasión en las ardien-  
tes entrañas de un pirata argelino... En  
su vivir errante de gitana bruja, con el  
pandero en alto, como un disco de oro  
sobre sus hombros de ámbar, hace sí-  
glos que baila, como la Preciosilla, por  
los caminos andaluces y las márgenes del  
Danubio; y también, como Esmeralda,  
tira una noche las cartas fatales en el  
misterio del Albaicín, queriendo torcer,  
con la epiléptica lujuria de su danza  
trágica, el curso del Destino; y con ella  
se exaltan las guzlas y los atambores  
entre la algazara de una zambra moris-  
ca, y deliran las guitarras y las coplas  
en la jácara sensual de un baile de can-  
dil, donde relampaguean los ojos de las

hembras y el vino dorado tiene irisacio-  
nes de sangre al desbordarse, por las  
gargantas desnudas...

Vedla avanza lentamente como por  
el sendero fatal de lo Inevitable, en los  
ojos una divina serenidad. Cuando se  
abren los berilos de sus ojos, es de  
noche sobre el mar. Ahora levanta la  
maravilla de sus brazos en un ademán  
de sortilegio, que hace detenerse a las  
estrellas en su carrera de topacios por  
el zafiro inmenso del firmamento azul.  
Y surge, de pronto, la danza, y todo su  
cuerpo se anima con temblorosas palpi-  
taciones, y se escuchan suspiros de sau-  
cedales y blandos arrullos de paloma  
torcaz... Y refulge luego en sus ojos una  
honda ansiedad de presentimiento, que  
hincha y agita las copas de sus senos,  
pone un rictus de temor en sus la-  
bios de coral y en su frente de madre-  
perla irisa tornasoles de inquietud. In-  
quietud que no tarda en ser angustia,  
angustia mortal. Y entonces, como hu-  
yendo los brazos de un invisible vampi-  
ro, todo su cuerpo mórbido se esquila  
en un retorcimiento de terrible pavor. Y  
las miradas de sus ojos se elevan en el  
cielo como saetas de diamantes y gritos  
de luz, buscando en los círculos astrales  
la misteriosa deidad que la libre del pe-

ligro inaudito. Súbitamente, sin transi-  
ción, la flor purpúrea de su boca se abre  
para lanzar un grito de triunfo, y sus  
dientes son entonces sartas de estrellas  
de un deslumbrante resplandor. ¡Oh, su  
boca luminosa, que parece una perla  
iluminando los cielos desde el fondo  
mismo del mar! Ahora tiene saltos de  
felino y enroscamientos de reptil: pro-  
mete y burla, se ofrece y se esquiva; sus  
brazos acarician y rechazan a la vez; su  
cuerpo es una llama que agitan los vien-  
tos del Deseo, en una suprema aspira-  
ción de deleites desconocidos; y por los  
crótalos de sus dedos de marfil la llama  
de su cuerpo se hace sonora y crepita.  
La guitarra, que antes sollozaba y gemía  
y tenía estertores de muerte, sigue aho-  
ra con retozones acentos las espirales  
jocundas de la bailarina: la mece y la  
arrulla, aviva su hoguera, y poniendo  
en sus ojos miradas que se enroscan y  
trenzán alrededor del corazón, como los  
verdes brazos de una parra jerezana, la  
exalta y la arrebató en el vértigo de un  
inefable delirio... ¿Huye o se entrega?  
¿Se va vencedora o caerá pronto rendi-  
da? Por la turquesa del cielo se encien-  
den cometas de luz...

Enrique DOMINGUEZ RODIÑO



# BLANQUITA Y CLARITA

CUENTO PARA NIÑOS POR MAGDA DONATO

BLANQUITA y Clarita eran dos niñas muy buenas. Vamos, tanto como muy buenas, si debo ser franca, no respondiendo de que lo fuesen; pero, desde luego, no eran del todo malas, y, además, eran muy monas.

Estaban siempre juntas, por lo cual sus papás, cuando las llamaban, en lugar de decir «¡Blanquita! ¡Clarita!», decían: «¡Clari-Blan!», y acudían las dos.

Tenían un ligero defectillo: a cada una solía gustarle más lo que tenía su hermana que lo suyo propio. ¡Libreme Dios de dar a entender con esto que tuviesen envidia una de la otra!

El caso es que, para evitar rencillas, los papás habían tomado la sabia costumbre de repartirle todo equitativamente entre las dos.

Pero un día, papá tuvo una ocurrencia lamentable (por muy papá que se sea, nadie está libre de un error, ¿verdad?). Trajo a su casa una muñeca y un juego de damas, y dijo:

—Os regalo una cosa a cada una. Vamos a ver: ¿quién quiere la muñeca?

—¡Yo!

No se oyó más que un «yo», porque las dos vocecitas habían respondido a una. ¡Las dos querían la muñeca!

Y la verdad es que la tal muñeca era preciosa: rubia, con unos bucles que parecían de huevo hilado, y la boquita entreabierta sobre unos dientecitos de perlas; llevaba un sombrero con una pluma «llorona», un vestido de seda-rosa con florecillas «rococo» y no sé cuántas monerías más.

También el juego de damas tenía lo suyo de bonito: con su ajedrezado brillante y sus fichas que parecían pastillas de menta y de regaliz. Pero las cosas son como son. Clari-Blan quería la muñeca y no querían el juego de damas.

Cuando papá vio que aquello iba tomando mal cariz, se apresuró a huir, algo cobardemente—¡oh, los hombres!—, y a ceder el puesto a mamá. Y mamá intentó el sistema del razonamiento:

—A ver, niñas: vosotras que sois tan inteligentes, decidme a cuál os parece que debe corresponder cada cosa.

—Como yo soy la mayor—declaró Blanquita, muy resuelta—, a mí me toca escoger. ¡Y yo escojo la muñeca!

—¡Eso sí que no!—gritó Clarita, irguiéndose cual un gallito batallador—. El juego de damas es cosa de «niñas grandes», y yo soy pequeña. A mí me corresponde la muñeca.

Ha de saberse que Clarita solía variar la importancia de su edad según las circunstancias. Así, por ejemplo, se consideraba «pequeña» para estudiar o para poner orden en sus juguetes; en cambio, cuando se trataba de un suplemento de golosina era toda una señorita, casi una anciana.

La paciencia de las mamás tiene un límite, y como en aquel momento la doncella fué a buscarla para no sé qué, la nuestra—quiero decir la de Clari-Blan—, harta ya de razonamientos, se batió en retirada con un suspiro de alivio.

¡Y allí fué Troya! La disputa fué de las que hacen época en los anales de las niñas buenas. Clari-Blan se tiraron a la cabeza todas las fichas del desdichado juego de damas. De repente, Clarita, que era una persona de resoluciones rápidas, se apoderó de la muñeca, y declaró, en un arranque de pasión:

—Puesto que no es para mí, no será para nadie.

Y se dispuso a arrojarla por el balcón. Blanquita se la arrancó de las manos; pero se le quedaron entre los dedos dos bucles y un rizo de la frente. Clarita, furiosa, desgarró con las uñas el vestido de seda-rosa, y Dios sabe hasta dónde hubieran llegado las cosas si papá y mamá, atraídos por los gritos y los llantos, no hubieran acudido.

Un azote a diestra y otro a siniestra, una doble supresión de postre, y la calma renació como por encanto.

La calma, sí; pero la paz, no. El conflicto quedó pendiente, mientras la pobre muñequita rubia permanecía en un rincón abandonada y lamentando, sin duda, su belleza y su elegancia que a tales sinsabores la exponían, y Clari-Blan se acostaban en sus camitas doradas, vertiendo lágrimas amargas por el recuerdo de cierto flan de café que no ha-

misma pudimos distinguir sus palabras.

Pero el polichinela oyó muy bien, y gritó:

—¡Acudid, hermanos y compañeros!

Y he aquí que todos los juguetes del armario bajaron, sin ruido, de sus respectivas tablas y fueron a instalarse en el suelo, alrededor de la muñeca rubia.

Allí estaban las once muñecas de Clarita y las catorce de Blanquita—que, por lo visto, había roto tres menos que su hermana—, y estaba el «chauffeur» en su automóvil, y el motorista con su «si-de-car»; estaba la pastora con sus ovejas y su perro, y estaba el Pinocho de madera y el Chapete de trapo, y estaba el patito que hace «coa-coa» al andar, y el mono de felpa que gruñe cuando le oprimen el estómago. En una palabra, estaban todos por completo.

La muñequita tomó la palabra, y su

bajo los mantos de las camitas doradas.

—Hermanos y compañeros—dijo—: Los malos tratos infligidos a nuestra nueva amiga han hecho desbordarse la copa de nuestras comunes amarguras.

¡Hay que ver lo bien que hablaba el polichinela! A pesar de lo dramático de la situación, Clari-Blan no pudieron por menos de pensar que era una lástima no les ayudase a hacer narraciones. Prosiguió, satisfecho, con su oratoria:

—¿Acaso alguno de ustedes se halla satisfecho con nuestras despiadadas amas?

—¡No! ¡No!—gritaron todos.

—Creo—insinuó la pastora—que la palabra «despiadadas» es algo dura; pero es cierto que me han quitado una oveja y han dejado sin techo mi casita de cartón.

—Y a mí—declaró una pepona, poniéndose en jañas—no se me olvidará nunca el desprecio con que me acogieron, como si yo tuviera la culpa de tener un vestido de percal y ser de cartón en lugar de «bisquit».

—Es menester—prosiguió el mitinesco polichinela—tomar una resolución.

—Si te parece—propuso el terrible Chapete—puedo raptar a Clari-Blan en mi buque pirata.

—¡De ningún modo!—exclamó entonces Pinocho, echando a su enemigo Chapete una mirada llena de indignación—. ¿Cómo voy a consentir yo que se dé tan mal trato a dos niñas que, en medio de todo, son dos monadas?

—Propongo—dijo entonces el polichinela—una solución más práctica que ninguna. Les vamos a declarar el boicot. Vamos a ir a la huelga de brazos caídos.

—¡Eso, eso! ¡Bravo! ¡Viva la huelga de los juguetes!—gritaron todos.

¡Pobrecitas Clari-Blan! Esto les pareció todavía peor que la proposición del infame Chapete. ¡Huelga de juguetes! ¿Y con qué se iban a divertir?

Tal fué su desesperación ante esta horrible perspectiva, que rompieron a llorar, olvidando toda prudencia. En el mismo instante la puerta del cuarto se abrió, y mamá entró; apagó la lamparilla y abrió la persiana, y mientras un rayo de sol atravesaba las cortinas de tul, inundando de luz la alcoba, dijo:

—¡Vamos, holgazanas, arriba! ¡Ya han dado las ocho!

Blanquita y Clarita abrieron los ojos desmesuradamente: los juguetes habían desaparecido y las puertas del armario estaban cerradas, como siempre; solas, en su rincón, la muñequita rubia seguía en su actitud triste y resignada de la víspera.

Clari-Blan se guardaron muy mucho de revelar a nadie los singulares acontecimientos de aquella noche accidental, tanto más cuanto que los juguetes debieron de renunciar a sus proyectos de huelga, pues no pasó nada.

Es decir, sí pasó: que Clari-Blan, juiciosas y razonables, se repartieron equitativamente la codiciada damita rosa. No vayáis a suponer que la contaron por la mitad; lo que hicieron fué instituirse alternativamente en mamá y en tía.

Y su tiranía se suavizó hasta el punto de que no volvieron a dar un motivo de huelga a sus juguetes... ni de queja a sus papás.

Magda DONATO

Dibujo de BARTOLOZZI.





## LA MUERTE DE LISA

NOVELA CORTA ORIGINAL DE M. D. BENAVIDES

En el noble silencio de la alcoba, desmenuzados por pasos elásticos y suspiros hondos, son las palabras como flores sonoras del árbol en cuyas hojas se apagan los rumores.

—¿Duerme?

—¿Duerme!

Las dos viejas—la madre y la madrina—hablan tan bajito que apenas se las oye. Porque el perfume del silencio sólo embriaga a los que aman la soledad. Y, en cambio, el tañido de sus campanas para los enfermos de tristeza es doloroso como toque mortuario.

—No parece que tenga mal.

—No lo parece.

Callan. Se han encogido y no rebullen, semejando dos montoncitos de ropa negra. Respiran hacia dentro, y su actitud recelosa asusta los ruidos.

¿Oís la lluvia? Como si resbalase, tal esas lágrimas de siniestro sentido que surcan el rostro de un hombre joven.

—¿Llamaste a don Severino?

—Espérola ahora.

Las locas alas del viento baten los agrietados muros, y las mil voces de su garganta siembran el miedo. Se estremece la lluvia y se estremecen las viejas: la madre y la madrina.

En las paredes del cuarto alborea la noche. Hay una puerta que da a un corredor sombrío. Al oriente, dos balcones con ventanillas gemebundas; los cristales rebrillan a través de los visillos, trabajo que el hombre mercó en Camariñas, en ya olvidados días de fausto. Encima de la cómoda, mueble ostentoso, un Nazareno, dentro de un faldón, tiembla sacudido por la luz de una lámpara; delante de la imagen, como ex votos vernáculos, vense una concha marina, tres figuras de porcelana—el perro, el gato y el niño, sentado a lo derviche—, una palmatoria y el pistón de un cornetín que recuerda al finado... Cuelga del techo un mosquitero, y debajo una cama tumular guarda a la enferma, que duerme, que se durmió hace dos días y no ha vuelto a despertarse.

Suenan pasos en el portal, las escaleras crujen y en el corredor grita una voz:

—¿Carmela!

—Es el mismo—dice la madre.

—El es—confirma la madrina.

Y luego, con el sonar rumoroso del chorrillo de una regadera infantil, dice: —Espere, don Severino. ¡Ya voy!... Espere que le alumbré.

Dispérsanse las sombras sorprendidas en sus cobijos y avanza el médico, pequeño, pesado, peludo y renegrido, co-

mo un oseño de las montañas de Asturias. Sus manos, fuertes, bajan el embozo de las ropas. ¿No le dará sufrimiento?—piensa Carmela—, y descubre a la enfermita que, a la luz, mueve los párpados transparentes, párpados de tornasol, como hechos de alas de caballitos del diablo.

—Hum... Hum...

—¿Cómo la encuentra?

Corren a hilo las lágrimas, tiembla la palmatoria y, apoyándose en la cómoda, el terapeuta traza los arabescos de un pistrage. El pistón del cornetín rueda por el suelo.

—Si no le baja la fiebre, aumentar la poción.

Gime la casa; los pasos de don Severi-

clara como agua de hontanar, y tímida como una doncella, nunca gritó, nunca sollozó. Pero sabe hablar y sabe llorar. Sabe también rezar. Ella es la madrina de suave regazo.

De una casita que abruma la noche sale la algarabía de unas voces iracundas, y por unas rendijas se filtra un pálido abanico de luz. Carmela llama, aporreando.

—¡Balbina!... ¡Luciano!...

Trúncase el alboroto. Sólo se oye el grito estridente de un arrapiezo llorón. Una palanca de hierro da en las jambas y produce un ruido campanudo... Ya no se oye al arrapiezo. Los dientes de una llave muerden la cerradura y asoma la cabeza de Balbina, aureolada por la luz

Gorda y aspaventera, golpeándose los flancos, la mujer vuelca los insultos.

—¿Quisole pegar a Camiliño—grita—. ¿Quisole pegar, ¿y quién es él? ¿Pariólo acaso? ¿Criólo a sus pechos? ¿Dales tan siquiera de comer?...

Los tres mocosos hacen pampiroladas y Carmela se persigna.

—Ahí lo tienes. ¡El buen mozo!

Mirábase el hombre los recios zuecos y miraba a la mujer, con ojos cazurros, de arriba abajo, como preguntándose: «¿Dónde le daré?» Gracias sean dadas a la protectora presencia de la madrina.

Sigue la escena. Las frases se repiten como las avemarias de un rosario.

—¡Borrachón!

—¡Calla, Balbina!

—¡Vaya por Dios!

Comenzó Luciano a picar un cigarro, y la hoja de la navaja en la dura fábrica del puro simuló el movimiento de un berbiquí que agujerease madera traída por el río.

Agotáronse con esto las rabias, y volviéndose con un último despecho en la voz— «Donde lo ves que parece un caballero...» —, Balbina preguntó:

—¿Tú dirás?

Fueron separándose lentamente las puntas del mantón hasta mostrar el cuerpo rígido, abiertos los brazos y la boca temblorosa.

—¡Lisa está a la muerte!

Cayóse la navaja de las manos del hombre, y todos observaron cómo vibraba el acero clavado en el piso, doblándose al peso de las cachas.

—¡Ay, miña naiciñal! —dijo el rapaz albino.

Y los otros dos, el trigüño y el rubicán, repitieron:

—¡Ay, miña naiciñal!

El pasmo abrió los ojos de mirar azorado, y el aletazo del estupor formó nubes de angustia en la casita que abrumaba la noche.

—Luciano—rumoreóle su mujer—, Lucianiño, lo que te dije, bien tú lo sabes, no te lo dije por mal.

Agachóse el hombre a recoger la navaja y de nuevo hincó su punta en el tabaco.

Dióle hipo a Balbina.

—¡Cuida de ellos, Lucianiño!

Señalábale los hijos con manos imploradoras, llenas de bendiciones maternales.

—¡Cuida de ellos! Yo voime con Carmela.

El hombre miró a los críos y tuvo un gesto brusco, enjugándose los ojos que le escocían. ¡Nunca le sucediera tal cosa!

Salieron a la calle y caminaron juntas como dos trasgos. La niebla, hervon de humedad, blanca como plumón de cis-



no suenan como una voz en la oscuridad de una montaña. Ya en la puerta, tiende la mano y la lluvia llénasela con su limosna.

—¡Qué tiempo!—murmura.

—Malo es—comenta la madrina.

Y las piernas del pequeño, peludo y renegrido médico se hunden en la noche.

—¡Cuidado con las piedras!

Surge titilando en la negrura la lumbré de un cigarro, aviva su llama y, de pronto, la herida que hizo en las sombras se cierra como en una cicatrización prodigiosa.

Con un amplio gesto de sus brazos—viejo gesto de diáconisa—, Carmela échase las faldas por la cabeza y entiérrase en el silencio de las calles. Sus pies se posan en la tierra húmeda, esponjosa como una alfombra, con humildad. A veces un charco nace debajo de sus plantas y el barro no la salpica. Ella tiene un profundo respeto hacia todos los seres y hacia todas las cosas. Dulce y

de un candil que su mano sostiene en lo alto.

—¿Eres tú, Carmela? ¡Ay, mujer, pasal!

La figura del marido, arañado el rostro, descansa en una silla de paja. Es el marido hombre jaque, grandullón y patillado. Tres arrapiezos—siete años uno y es albino, cinco otro y es trigüño y cuatro el más chico y es rubicán, blancas las pestañas y el cabello rojo—se hurgan las narices y le hacen muecas.

—Pero ¿qué os pasa? Los males abundan y aún los queréis aumentar. ¡El Señor nos tenga de su mano!

Carmela habla con unción. Encógese de hombros Luciano, gruñen los críos y Balbina, adusta, explica:

—Ahí lo tienes. Donde lo ves que parece un caballero...

—¡Calla, Balbina!

—... es un borrachón.

Carmela pone su comentario como un «ora pro nobis».

—¡Vaya por Dios!



na, cubríalas con su alas. Iban en silencio. ¿Qué se podían decir? «¡Lisa está a la muerte!» Y era tan triste la noche, que los ojos lloraban sin querer, todos los ojos. Y no lucían las estrellas; sus brillantes pupilas, cabujones arrancados a las vivas entrañas celestes, empañadas fueran por el llanto. Iban en silencio, medrosas y oscuras, visión de ánimas.

—Para allá voy — dijo Carmela, de pronto —, en cuanto avise a mi hombre. Dame pena del dolor que le llevo.

Detuvieronse un instante, cosa de un minuto, y la niebla pegóse a sus ropas.

—¿No estaba Román en la feria? — preguntó Balbina.

—De la feria quedó en volver hoy al mediodía.

Separáronse con esto y cada una siguió su camino.

Román, el marido de Carmela y padrino de Lisa, era de oficio platero y atusaba con la lima y el soplete muy lindas baratijas. Tenía una caja con muchos estuches y una mesa en la que había recortes de plata dentro de un cucurrucho de papel, viejos relojes de historiadas tapas, pedazos de vidrio, cuentas, dijes y un torno chiquitín. Tenía, además, una cornamusa.

Román era un hombre de apagada color, enjuto, tiesecito, de voz suave y ademanes reposados. Movía los dedos con puerilidad, por su costumbre de trabajar diminutos objetos: argollitas de pendientes, cenefas de medallas, grabaditos de sortijas... Hablaba con mesura y de sus labios oyó Lisa cuentos en romance: «Marchábase el caballero con las armas de Osán, el buen bardo...», y trovas cantigas.

Román y Lisa salían de paseo los domingos de sol. Carmela quedábase en la casa, porque gustábase el rezo, cuya mística caricia sabía saborear a lo largo de las estancias de los misterios, de lirico enunciado como pasajes bíblicos.

Román y Lisa iban todos los domingos de sol al paseo de las acacias, nemoroso como un bosque. El platero había regalado a Lisa, años atrás — pocos para su cuenta, muchos para la cuenta de Lisa — un cubo de latón pintarrajeado de rojo y con un filete de oro. La ahijada llenaba el cubo de arena y, de aquí para allá, iba y venía, edificando flacas construcciones. A veces entreteníase haciendo jardines minúsculos que le dibujaba Román con el bastón.

Un día Lisa no jugó con el cubo, por acariciar las cortezas de los árboles; luego, buscó flores, y corrió, por último, detrás de una mariposita de Dios, trémula como un fuego fatuo.

—No la cojas, Lisa. Déjala volar — dijo el padrino.

Lisa alzó las manos, siguiendo el vuelo de aquella primera ilusión que se desvanecía en el oro de la tarde.

Poco tiempo después la niña hizo mujer, una mujercita de largas trenzas sueltas, que anunciaba las alegrías de Floreal y el regocijo turbulento de las rojas vendimias, cuando las manos viriles exprimen el jugo de los frutos en sazón. El padrino miróla atónito, preguntándose cómo había sucedido lo que sucedió, y mirándola tuvo miedo.

—¡Ay, Lisa, Lisa! ¿Dónde se fué mi niña? Tú perdistela, Lisa, y yo perdíla también.

Temblábase la voz al viejo, y en sus ojos amaneció una lágrima.

—¡Padrino!

Lisa plantóse frente a él, alta la frente llena de luz y el cuerpo de núbil enlazado por la atmósfera aromada de flores de miel en el día augusto de claridad, y, súbita, echó a correr.

—Casado te has con un rayo de sol —

díjole Román, jadeando por alcanzarla.

Paróse la joven al oírlo, y su voz clara elevóse en el aire del paseo con el vuelo gracioso de una paloma blanca.

—Heme de casar con un mozo de buen ver que sea capitán.

Aquella noche Carmela puso los ojos en su hombre lo mismo que cuando la despertaba su tos bronca de tuberculoso; arropábale ella con mimo y se le quedaba mirando, mirando. Y con velada voz que él, dormido, no oía, decía: «Román, Román, compadécete de mí. ¡No te me mueras, Román!»

Desde entonces ya no volvieron a salir de paseo el padrino y la ahijada todos los domingos de sol.

De improviso, ennegrecióse el cielo y los pensamientos vistiéronse de luto.

—¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios!

El viejo movía la cabeza, aturdido. Carmela había titubeado antes de darle la noticia, preguntándole cosas de la feria, entreteniendo así el dolor, llenando la pausa de su alma con decires que hacían de su hablar un hablar doliente. Pero él presintió...

—¿Tú lloras, Carmela?

Y la revelación pasó sobre él retorciéndose y quemando las alegrías que traía de la feria para Lisa, como helada de abril que retuerce y quema el cándido traje de las primeras flores con que se visten las huertas.

La alborada es triste. El cielo parece regado con ceniza. En la casa de la enferma han entrado las vecinas al olor de muerto. Horas y horas permanecen acurrucadas e inmóviles en torno de la cama tumular. De cuando en cuando, una de las mujerucas se aproxima al lecho, inclina el rostro comido de los años, y bisbisea:

—¡Duerme!

El sol no se muestra en todo el día. Llegas la noche muy callando. Carmela enciende la lámpara del Nazareno y las mujerucas se arrojan. Un yerto jesuseo anima las bocas mustias.

Y mientras suena el rezo, acorde y silencioso, Román, con los labios en los ojos de Lisa, gime:

—¡Palomita, palomita de mil colores! ¿No te querías casar con un mozo de buen ver que fuera capitán? Pues sé yo de uno que te ha de traer en cuanto sanes.

El silencio sopla en los labios. Amen-guan los rezos. Crece la noche. La luz de la lámpara se consume mirando al Nazareno y las sombras se espesan rodando por los escondrijos.

Derribadas por los años, las mujerucas caen sobre los talones, hundiéndose la cabeza en el pecho picado por los cuervos del tiempo. Y la madre va cavando en su corazón una fosa para sepultar las lágrimas.

—¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios! — solloza el padrino.

El es un monigote de miserable relle-no. ¡Tan tiesecito como era antes! La maza del dolor lo ha ido achicando.

Un inesperado rebullido confunde a las mujerucas. La enferma se mueve. Todos esperan. Y en el seno del silencio reposa la respiración de Lisa, aguda como un silbido.

—¡Lisa, vida! — grita la madre. — ¿No me hablas? ¡Soy yo la que te llamo! ¡Es María la de los Picoutos, que pierde su tesoro!

Tendía los brazos acariciando la carita ardiente de la hija.

—¡No te vayas, Lisa! ¡No me dejes sola, en el abandono de una viudez sin consuelo! ¿Por qué has de morir tú, reina? ¿Por qué has de morir?

Apúñanse las mujerucas cerca del lecho. Las voces alarmantes y doloridas

estrechan el círculo alucinante de sus cabezas, y las bocas sin dientes murmuran:

—¡Es gran dolor!

Y dice el padrino:

—¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios!

Fuéronse apagando las quejas, y cuando María la de los Picoutos ahogó el llanto en la almohada, como si quisiera reanimar con su aliento a la hija, una mujeruca preguntó:

—¿Cuántanos cómo apareció el mal, Carmela.

Van las sombras desfilando por la alcoba y dijérase que Román andaba a su caza. Torpe y lastimero, va de un lado a otro como una sombra más. ¡Pobre padrino!

Y ciáse a las vecinas pedir:

—Cuenta, Carmela, cuenta...

En la boca dulce del platero, colmada del nombre de Lisa, bullen palabras de misericordia que ya no saben a quién rogar.

Y las viejas insistían:

—Cuenta, Carmela, cuenta.

Y Carmela contó:

—Pues dióle un repente y desde aquel día respira como si se ahogase.

—Señal de feitiço. No le dañaría llevarla a la bruja — sentenció la vecina de más parla.

—¡Eso es cosa de pecado!

—No hay pecado en librar de dolencia al cativo, y Margaritiña hubo dispensa, que el señor cura déjale remediar los males que llegan a su puerta.

—¿Quién? ¿Margaritiña la viuda? — inquirió una viejecita desvencijada. — Esa tiene pacto. Como sabida no hay quien le supere a la bruja de Gondomar.

—¡Eso es cosa de pecado! — torna a decir Carmela.

En redor de la madrina forman cerco las mujerucas, cada una peor que un augurio funesto. Rosman con voluptuosidad gatuna una plática que es como un panegirico de la brujería. En la proximidad de la muerte, que cuando pasa cerca de un viejo le hace guiños, ellas defienden el conjuro y, larvas de nigromantes, ensalzan el favor diabólico como si hubiesen bebido en las negras fuentes del satanismo.

—¡A la bruja! ¡Llévemola a la bruja! — dicen.

Y sus voces concitan los poderes potentes para que salven a la enferma.

Un largo grito, lamentación de agore-ria, sella las bocas.

—¡Se me muere! ¡No la oigo respirar!

El viejo amenaza a lo alto. Da miedo verlo. Muévase como si fuera a desarticularse; no sabe dónde pone los pies, en los que tropieza sin caerse, lo mismo que un dominguillo.

—¡Cálmate, Román! — le dice la mujer.

Y el pobre hombre danza y corre y viene y va, una pierna aquí y otra en el aire.

—¡Cristo! ¡Cristo!

Las puertas de la casa estaban cerradas. Cerráralas Carmela. Habíase levantado viento y sus gemidos retorciábase como pobres de pedir que se muriesen de hambre, clamando, sin que a sus clamores respondiera una voz de caridad. Las ventanas de la casa estaban cerradas. Cerráralas Carmela. Y el viento, arrastrando las nubes, descubría el cielo regado por reflejos blancos, arroyos de luz que lo veleaban como filones de plata en una tierra azul.

—¡A la bruja! ¡Llévemola a la bruja! — chillaron las viejas.

Callaba la madrina, sin ánimos para la protesta — ¿vacilaría su alma cristiana? — y, de pronto, Román cogió a Lisa y gritó:

—¡A la bruja! ¡Llévemola a la bruja!

El cortejo, procesión lamentable de suspiros y cosucas desmayadas, apenó

la noche. Y asida a la chaqueta de su compadre, María la de los Picoutos caminó como un ciego que estrenase lazarillo.

Atravesaron el pueblo dormido, magnifico de luz por gracia de la pavonada bóveda celeste. Algunas de las vecinas quedáronse rezagadas. Marchaban juntos, en pía, los demás y no se oían sus pasos. Una angustia abrumadora pesaba en las almas. Sin embargo, la noche estaba con ellos; pero era tal el asombro del cortejo que parecían temer como si la noche fuera a romperse sobre sus cabezas, encerrándolos en su cárcel, sepultándolos bajo enormes bloques de sombras.

—¿Por dónde tomamos? — preguntó Balbina.

—Siempre derecho y luego torcer a la izquierda en llegando al pilar.

La bruja vivía en las afueras. Adelantóse a darle aviso una mujeruca, y al acercarse el cortejo, salióle al encuentro la luz de un tojo en llamas, antorcha de los adoradores de Bibiana.

—¿Cómo vienen tan tarde? Siempre se acuerdan a lo último, cuando los males no tienen remedio.

Margaritiña era una mujer de carnes cumplidas, ruinosa y un poco más que sucia. Renqueaba por efecto de una dislocación de la cadera, y lucía un lunar de pelos en el labio del bozo. Tres veces había casado, y con tan buena o mala suerte — ¡quién lo sabe! — que las tres veces en viudó. Del último marido, que no llegaron a conocer en el pueblo, decía que fuera un médico portugués que ganó buenos cuartos en Vizeu; pero así como los ganaba debía gastarlos, pues a la viuda no le sobraban los posibles, teniendo que trabajar para vivir, y trabajar en profesión tan poco agradecida como la de bruja.

—¿Y qué más?

El buen Juan de Mena dijo de un marqués hechicero: «... Y oyo noticia filosofando — del movedor y de los conmovidos — de fuego de rayos, de son de tronidos — y supo las causas del mundo velando...» Pero si esto dijo el poeta de don Enrique, señor de Villena, razones tuvo de sobra, pues «aquel claro padre, aquel dulce fuente» señaló la ciencia mágica como la cabeza y la totalidad de las ciencias vedadas. Margaritiña, por el contrario, era una bruja modesta, que ni aun sabía nombrar las diez ciencias que salieron de Matemática: «didromencia, aquimencia, piramencia, igromancia, spatulanancia, fulgurancia, aromancia, tomularia, sonórica y auspicia.» En cambio, decía a sus clientes coplas de «morería» y latinajos molidos por su lengua estropajosa de gallega del Miño, viuda de un portugués letrado, aparte su habilidad en la confección de afeites y mejurjes para las mozas y ungüentos para los enfermos, y de ser maestra en preparar vej-gatorios.

Una de las viejas, que vivía bordonando de aldea en aldea, sonora mujeruca que llevaba cosidas a las ropas medallas, rosarios y conchas de peregrino, rumoreóle confidencial a Carmela, sin apartar los ojos de Margaritiña:

—No hay otra de más fama en cuarenta leguas a la redonda. ¡Hasta del señorío vienen a consultarla!

Agitó su cuerpo resaca, que esparció la música de su buhonería colgante, y añadió:

—Los médicos tiénenle inquina. Misimamente fuera que se muriesen todos... ¿Médicos? ¡Malos demos los lleven! Saben menos que un doctrino.

Otra de las mujerucas, que estuvo atenta a las palabras de la bordonera, asintió:

—Cabalmente — dijo — la otra semana, Benito de Lougares trájole un caballo



con un torzón. Bueno; pues Margaritiña cantóle una copla, dióle una untura y hoy el caballo carga más que en los buenos tiempos y anda al trabajo sano del todo. ¡Es muy sabida! Lo mismo libra de dolencia a las personas como sana una bestia.

El cortejo siguió a la bruja, entrando en una habitación de piso sin baldosas y con las paredes recubiertas de un baño de ocre.

Desnudaron a Lisa y tendieronla en una tarima de forma triangular, en cuyo centro había dibujada una cruz santiaguesa. La bruja santiguóse, en sentido inverso, con la mano izquierda, cruzó los brazos de la enfermita a la altura del pecho, paseó sus manos por la piel caliente de fiebre, deteniéndolas un instante en el sitio del corazón; levantó luego los párpados, observando las pupilas, y anunció solemne:

—A la moza viene rondándole la muerte desde la luna pasada.

—¿Entonces no la curará?— preguntó Balbina.

—Tanto no digo.

Llegóse a un estante incrustado en la pared, hueco de refectorio conventual, y anduvo removiéndolo como si tuviera allí el caldero de cocer las mixturas. Al fin, reaparecieron las manos con, jasombro de los asombros!, un espejo ustorio, disco pulido que todos miraron con risueño estupor, cual si presintiesen el acaecimiento de un gran suceso por la eficacia de aquel metal. En seguida encendió una mecha suspendida del techo, y, recogiendo en el espejo los rayos de la nueva luz, proyectólos sobre el vientre de Lisa, que ni rebulló.

—¿Tiene señal diabólica!—dijo Margaritiña, con voz de susto, tirando el ustorio, que rodó campaneando.

Nadie conocía con certeza el alcance de la amenaza, ni la bruja que la profirió. Las palabras asomáronse a los labios como sugeridas por un recuerdo de tiempos muertos, cuando los sopladores de hogueras advertían en el cuerpo de los satanizados la hemianestesia infamatoria, el punto insensible, «sigillum diaboli», que sólo podía purificarse por el fuego. Pero esta oscuridad que envolvía la amenaza, precisamente, era lo que la cargaba de peligros.

—¿Murióle algún pariente a la enferma?—preguntó la bruja.

—Murióle la abuela, de esto hace un año— contestaron dos mujeres a un tiempo.

—¿Y débenle algo a la muerta?

Carmela encaráse con su comadre.

—¡Ay, María! ¿Cumpliste con lo que ella te mandó en la hora triste? ¿Hicistele las mandas que dejó? ¿Distele al cura las misas que pidió en el tránsito?... ¿Oyes, María? Lisa parece que enferma del espíritu que la posee.

María la de los Picoutos revolvióse iracunda mirando a Román.

—¡No tuve yo la culpa! Fué mi comadre, que dijo que eran muchos los gastos, y para tranquilizarme hablóme de que la intención, siendo buena, vale por un cumplimiento. ¡No tuve yo la culpa!

El pobre padrino derrumbóse encima de su mujer.

—¡Cristo! ¡Cristo!

—Cálmate, Román.

Estremecióse la enferma y sus labios se entreabrieron en un suspiro.

—El espíritu asoma. Háglele la súplica—aconsejó la bruja.

El ruego surgió tierno en una solicitud de agonía.

—¿Está ahí, mi madre?... Diga lo que quiere. ¿Quiere una misa de funeral? ¿Quiere que le encienda durante un año la vela purgadora?... ¿Diga, mi madre? Aquí estoy para servirla.

Gritaba con todas sus fuerzas, como si un sér de ultratumba estuviese escondido detrás de los labios de Lisa dispuesto a contestarle.

—¡Yo no le tuve la culpa!... Usted bien sabe que los gastos por su descanso hacíalos de buena voluntad. Las mandas, cumplílas todas, y si no le tuve las gregorianas fué porque Román, ¡condenado!, no le quiso. Mas puédoselas tener ahora. ¿Quiere, mi madre?

—Háglele la súplica—indica Margaritiña.

Y con decir medroso, desgranando las palabras como una clepsidra sus gotas, María la de los Picoutos rogó al espíritu:

—¡Váyase, mi madre! ¡No esté más tiempo en el cuerpo de Lisa! ¡No se la lleve, mi madre! ¡No le da dolor que esta reinita se muera?

Desgaraban el aire los gemidos. Las mujerucas uniéronse al ruego.

—¡Váyase, señora Antonia, váyase! ¡No se la lleve, que es gran dolor!

En la tarima, la enferma es como una

Nuevas horas de tortura y de esperanza. El padrino rumia sus ideas, unas ideas locas que le hacen pensar que él es el culpable de la muerte de Lisa. Más delgado y más pálido, parece un cirio a medio consumir. Los ojos de Carmela cuajan lágrimas de congoja viendo a su hombre, que sólo vive oyendo los alaridos de su pensamiento turbado.

Ruega la madre aún, ruega siempre, esperando que la salud ha de volver a la hija (ella es ya una muertecita; no se lo digáis a nadie) en cuanto el espíritu retorne a sus sombrías mansiones.

—¡He de tenerle las gregorianas y más la misa de funeral y más la vela purgadora!... ¡Váyase, mi madre!

El viejo Román hace un hallazgo y sale de la casa con áspera cautela. En el portal, hincase de rodillas y su diestra dibuja la señal de la cruz.

A dos kilómetros, cerca del puente de San Mamed, elévase una capillita, nido de amor de los creyentes que buscan cura para sus males en el regazo de la Vir-

grava al descubierto, que le arranca la piel a tiras.

Pasa una ola de viento y un enjambre de toses se arroja sobre Román. El viejo vacila y cae de bruces, partiéndose el pecho contra el suelo.

—¡Mi cuerpo va a ti, Madre Santísima!

Prosigue el ruido de las rodillas arrastrándose, y la tierra recoge la sangre de la oferta, que va hacia la Santa con una esperanza suprema.

Lejos, muy lejos, se divisa la capilla, regalo de los ojos, en la que la Madre de los afligidos oye a los que a ella acuden demandándole favor. ¿No llegará él a tiempo?

El cuerpo arrodillado es como una bárbara mutilación. Los brazos buscan apoyo en el aire y las manos tantean, buscando un báculo.

Ya no tose el padrino. Parece que el viento ha perdido las piernas y él se buela del enemigo cojo que no puede alcanzarle. Y se oprime el pecho queriendo contener el cosquilleo de unos dedos que le andan hurgando los pulmones como llavecitas que abriesen los calabozos en los que, por sus culpas, han sido encerrados los golpes de tos.

—¡Mi cuerpo va a ti, Madre Santísima!

El sudor corona la frente del viejo. Sus ojos apenas ven. Poco a poco sus rodillas, que ya no saben arrastrarse, se hunden en la tierra empapada de vino consagrado. ¡Oh, fuentes de rubies manando las gotas encendidas de estas fiestas del espíritu!

Y el padrino sonríe. Y es roja su sonrisa, húmeda de sangre. Entre las nieblas de su pensamiento, él se ve aún arrastrándose sin fatiga ni dolor.

—¡Mi cuerpo va a ti, Madre Santísima!

Ha caído sin fuerzas. Ya no ve sino las nieblas luminosas que le envuelven... Quisiera alzar la cabeza para oír mejor, y antes de que las sombras invadan su sér, hasta él llega la música de unas campanitas tocando a gloria.

M. D. BENAVIDES

Ilustraciones de BARTOLOZZI.



estatua yacente de carne roja. Su inmovilidad absoluta presagia el desenlace de los destinos terribles. Para ella ¿qué son los dones rumorosos de las oraciones o las fantásticas sacudidas de los sortilegios?

—¿No se le podía hacer un conjuro?

—Es espíritu familiar—replica Margaritiña,— y los conjuros no son válidos con espíritus familiares. El ya oyó la súplica; si quiere atenderla, sanará la curada, y si no, no.

Transcurren los instantes. Plañen las mujeres intimando al espíritu.

—¡Váyase, señora Antonia, váyase! ¡No se la lleve, que es gran dolor!

De pronto, allá, en medio de la noche, arriba o abajo, no se sabe dónde, un gallo lanza el canto de que habló De Lancre, y entonces los diablos «de la oscuridad que adoran» se retiran aterrados.—Y es que se aproxima el día;—el sol, el sublime astro—del mismo Dios que aborrecen—los espíritus del antro...».

gen de los Remedios, señora de cara de muñeca—lindos mofetes y ojos de almendra—, amplio manto de raso, esmaltado de pedrería, corona de oro y cetro de plata.

El padrino sonríe y no se explica su olvido de este refugio.

Comienza el camino. En su pecho zumban los golpes de tos como avispero en colmena. Apóyase las manos en la parte dolorida, y marcha arrastrándose, rompiéndose la carne e incrustando en las llagas arenas y piedras, que florecen como azucenas rojas en la senda de la promesa.

El viento aletea con furia, y sus uñas arañan la carne satinada de las sombras. Suenan una hora, vibra el aire y súbitamente cesa la armonía, como si unas manos rapaces la hubiesen arrebatado.

El alma del viejo siente la caricia del milagro. No advierte el ahogo de su respiración agoniosa. Ante él se alarga la ruta del sacrificio y la sigue sin sufrir la mordedura del camino, camino de nudos, camino descarnado, camino con la

**LIBROS RECIBIDOS**

*El secreto de Barba Azul*, por W. Fernández Flórez. — La publicación de un nuevo libro del primero de nuestros humoristas actuales significa un verdadero acontecimiento literario. Fernández Flórez no es sólo un consagrado, un maestro en toda la extensión de la palabra, sino que es, principalmente, por razón de su juventud y de la extraordinaria potencia creadora de que está animado, una magnífica esperanza. De ahí esa superación constante que se advierte en su obra y la emoción que cada nuevo libro suyo produce en nuestro mundo literario. Es tanta, por otra parte, la variedad de facetas—todas ellas de un vivo y personalísimo fulgor—que nos ofrece el insigne autor de «Las gafas del Diablo», que el solo anuncio de una producción suya significa tanto como la promesa de un descubrimiento sensacional: el de un nuevo escritor, que, sin dejar de ser él mismo con todos sus valores, nos ofrezca las primicias maravillosas de un nuevo astro.

Así acaba de suceder ahora con *El secreto de Barba Azul*. El humorista genial, de honda y cordial vena satírica, subsiste íntegro, con mayor intensidad, si cabe, que antes; pero el novelista, que fué una revelación en «Volvoreta» y «Silencio», y en «Ha entrado un ladrón» una espléndida realidad, en *El secreto de Barba Azul* alcanza ya profundidades de tal naturaleza y revela un tan seguro manejo de los más nobles resortes.



que ahora, con más fe que nunca, puede creerse y esperarse en él como en una legítima gloria de la literatura patria.

x

**Los Naufragos del Glaciar**, por el coronel Ignotus.—Acaba de ser publicada esta décima novela de la Biblioteca Novelsco-Científica del coronel Ignotus. Asombra, verdaderamente, la fecundidad de quien en año y medio ha publicado siete volúmenes de tan copiosa lectura como éste; ni siquiera a tres meses por libro. Asimismo sorprende el ver cómo, sin trabas de ninguna clase, vuelan fantasía novelesca y fantasía científica por remotísimas regiones, dando a estas novelas tan originales como interesantes un grado de amenidad difícilmente alcanzado por obras de este carácter.

x

**Fisonomías sociales**, por Benito Pérez Galdós.—Alberto Ghirardo, el notable escritor y poeta argentino, tan nuestro ya, discípulo y amigo del glorioso autor de los «Episodios Nacionales», acaba de publicar el primer volumen de las obras inéditas de Pérez Galdós, que se dispone a editar, con acierto tan digno del mayor elogio, la Casa Renacimiento. Fi-

sonomías sociales es una recopilación, que Ghirardo ha llevado a cabo con tanto tino como respeto, de la ingente labor realizada durante diez años por el Maestro en periódicos de América. El original más antiguo de los que figuran en este libro lleva la fecha de 1883, y el más moderno fué escrito diez años más tarde, en 1893, esto es, en la época cumbre de aquel cerebro maravilloso. Estas páginas, por consiguiente, como dice Ghirardo en su hermoso prólogo, significan la revelación de un Galdós desconocido, sobre todo por el criterio especial con que trata ciertos temas, especialmente los políticos, pues se ve que al encararlos nunca se olvidaba de que iba a ser escuchado fuera de las fronteras políticas de su patria. Más de un monárquico y más de un republicano español habrá de sorprenderse al escucharle esta vez.

### Una visita interesante

Fué la que hicimos a la importante Casa de artículos de fotografía que la señora viuda de Braulio López posee en Príncipe, 27, junto al teatro Español.

Presenciamos en uno de los laboratorios, montado con los adelantos más modernos, curiosísimos trabajos dignos de la fama tan merecida de esta Casa.

A diario se reciben infinidad de encargos de provincias, que son ejecutados al día por el numeroso y competente personal, lo que permite despacharlos en cuarenta y ocho horas. Vimos también máquinas fotográficas de las mejores marcas, y asimismo cuantos accesorios requiere la fotografía moderna.

### YA ERA HORA...

Con la curiosidad consiguiente, visitamos la Optica Médica Especial, verdadero centro de fabricación de cristales para lentes y gafas, sito en la calle Salud, 1 (esquina Carmen), por nuestro particular amigo D. Cástor Ulloa.

Con personal competente, a nuestra presencia se procedió a la fabricación de unos cristales para un «operado de cataratas», según receta médica.

Es cierto; era necesario que en Madrid contáramos con unos talleres para trabajos de óptica dirigidos con la pericia

y seguridad del Sr. Ulloa, al quien de veras felicitamos, augurándole muchos éxitos.

### EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Acaba de aparecer

## EL ARCHIPIÉLAGO MARAVILLOSO

Admirable novela en la que su autor,

**LUIS ARAQUISTAIN**

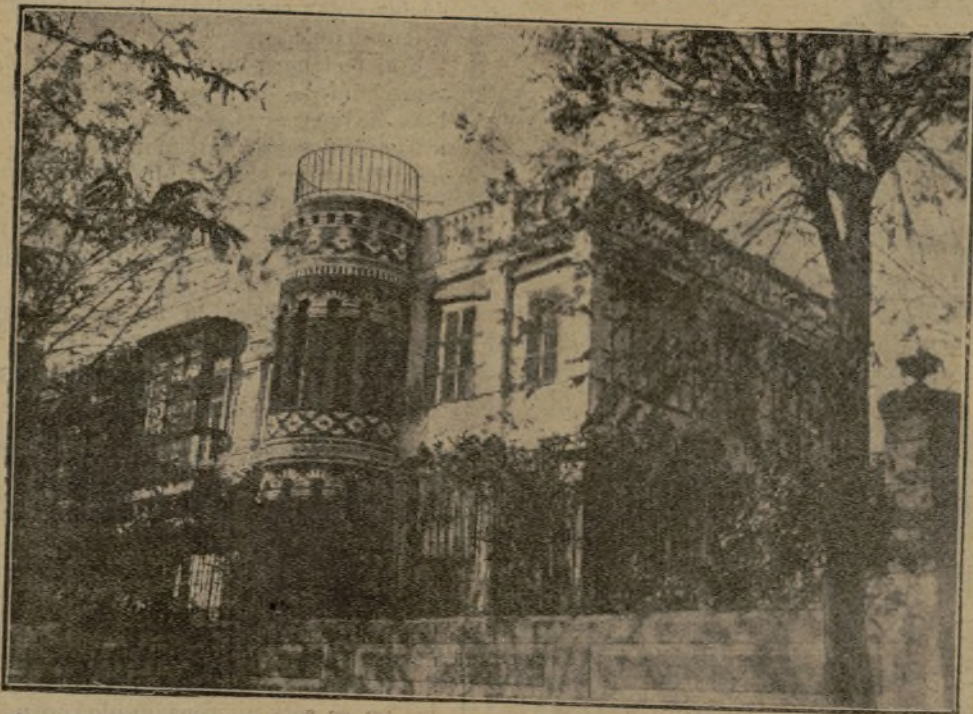
reafirma su prestigio de excelente narrador y exquisito prosista.

5 pesetas, en todas las librerías.

Al por mayor: **RIVADENEYRA GRAN VÍA, 8 Y 10**

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que en ningún caso nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

## SANATORIO DE NUESTRA SEÑORA DEL PILAR INFANTAS, 7 (OFICINAS)



Por ser de un interés vital, damos a conocer hoy esta reciente institución, que ya cuenta con más de 6.000 abonados, lamentando no disponer de espacio suficiente para la extensión que merece.

Por una cuota mensual de 3,50 pesetas, en «La Unión Médico-Farmacéutica», tiene el abonado derecho a todos los servicios médico-farmacéuticos, como asimismo al ingreso en el Sanatorio (Madrid Moderno), dotado de todos los elementos, incluso los rayos X.

Este Sanatorio es independiente de la Sociedad, en el cual tiene derecho a ingresar cualquier persona, operando en él todas las eminencias del Cuerpo médi-

co, como a diario se viene efectuando, teniendo preferencia, como se comprenderá, el que pertenezca a la Sociedad.

Una de las muchas ventajas de esta institución es la creación del Montepío para el cuerpo facultativo, con las pensiones a las viudas e inútiles para el trabajo.

Da idea de lo que es este Sanatorio los prestigiosos nombres de los doctores que este mes han operado.

Don José María Espinosa y D. José M. Riesgo: Cirugía.

Don Joaquín Ceza y don Isaac Moreno: Ginecología.

Don Juan García Iturre: Garganta.

## CALLOS

Las terribles molestias de los pies, callos y durezas, desaparecen completamente usando sólo tres días el patentado

## UNGÜENTO MÁGICO

No falla en un solo caso. Pregunte a cuantos le han usado y oirá usted maravillas.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

**FARMACIA PUERTO**

**PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID**



### MOTOCICLETAS

ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS - ALQUILER Y REPARACIONES

## ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

### NERVIOSINA DE T. GONZALEZ

De venta en farmacias

## AGUAS DEL INCIO-BOVEDA (LUGO)

## Manuel López FABRICANTE DE MUEBLES

Serrano, 17 :-: Ayala, 60